

Algunos conceptos sobre lechería - (Palabras del Profesor

Ch. Porcher)

Por JOSÉ ALAZRAQUI

II

La industria lechera tiene un considerable porvenir en la Argentina. Basta recorrer las columnas de vuestros excelentes diarios, para caer en la cuenta de que el desarrollo de aquella es ya extraordinario. Quizás, mi confianza en la Argentina lechera sea mayor que la vuestra; puedo decirlo sin asomo de adulación, después de haber recorrido parte de vuestro país, en especial, las provincias de Buenos Aires y Santa Fe, esforzándome en conocer « in situ » las condiciones en que se desenvuelve la industria; viendo y oyendo, conversando con la gente, juzgando por mi cuenta, para poder así hacer en mis lecciones, la aplicación de los principios fundamentales de la materia, a las peculiaridades de la Argentina, en cumplimiento de un deber de conciencia y honestidad. Tengo pues, fundamentos para creer, por lo menos tanto como los argentinos, en su marcha progresiva.

La guerra ha creado necesidades. Para subvenir a la escasez de materias alimenticias, provocada por la matanza de hombres y animales, ha debido recurrirse a su búsqueda por todo el mundo. Y en esta forma, la República Argentina, que antes de la guerra importaba queso, se ha transformado hoy en exportadora poderosa de este artículo, de manteca y de caseína. Puede afirmarse, pues, que el país ha aprovechado bien sus fuerzas, dejándose llevar, lógicamente, por este primer impulso, para satisfacer necesidades urgentes.

Pero hoy, ante el porvenir que se abre, comprende la necesidad de mejorar sus productos. Para ello será necesario, que en adelante, se someta a determinadas reglas higiénicas e industriales, que hasta ahora, debido a la celeridad que era necesario imprimir a las operaciones, han sido aplicadas con irregularidad.

La Argentina es un país que desde largo tiempo atrás vive de la « tierra superficial ». — Más adelante, vendrá el período de aprovechar la « tierra profunda », es decir, las minas—. Es un pueblo campesino que explota, ya sea la « vegetalicultura », ya la « animalicultura »; y hoy, quiere dar un paso más, explotando la leche. Es un propósito muy razonable. Se ha constatado, en efecto, que después de la guerra, la evolución de *todos* los países, en ambos hemisferios, se caracteriza por el hecho de que la gente se vuelve cada vez más consumidora de productos lácteos — leche, manteca, queso, leche concentrada—, fenómeno que constituye, en cierto modo, una cuestión de fisiología económica. La Argentina, produce principalmente carne, que vende y exporta cada vez más; pero yo estimo que existe un límite para su consumo; límite fijado por la fisiología digestiva y de la nutrición. Cuando se ingiere mucha carne, — y este es, precisamente, el caso de la Argentina—, se experimenta, a cierta edad, sus desfavorables consecuencias en la salud. No pasa lo mismo con los productos lácteos; con ellos, nuestro organismo se satura con mucho menor rapidez.

El gran consumo de carne se halla radicado en los países de latitudes medianas; en los trópicos, el consumo mayor es de azúcares; y de grasas, en los polos. Podría trazarse sobre un mapa-mundi, la distribución geográfica de estas materias alimenticias principales. Y notaríamos entonces, que la leche y sus derivados, exceden los límites, mientras que la carne permanece encerrada en los países templados, sin traspasarlos. La Argentina debe pues responder a esta importante comprobación, especializándose en mejorar cada vez más la calidad de la materia prima: la leche.

En los medios científicos, poco ilustrados sobre la leche, por ejemplo en ciertos círculos químico-industriales donde he actuado, sólo entre varios colegas químicos, se ignora toda la magnitud de la industria que este producto crea. He debido insistir, para llevar a su convencimiento, que en casi todo país — Francia, Inglaterra, Alemania, Estados Unidos, por ejemplo — la primera industria, la más importante, la que hace circular mayor cantidad de dinero, es siempre la lechera sin que exista, desde luego, establecimientos de la magnitud de un « Creusot », los hay pequeños, pero en número considerable.

Esto no sucede todavía en la Argentina, cuyos 10 millones de habitantes se hallan esparcidos en un territorio siete veces mayor que

el de Francia; pero, esta misma causa, le augura un porvenir incalculable.

Y en cuanto al consumo de los productos de lechería, todo el mundo es consumidor, y lo es de todos los días, sea en forma de leche, como de manteca y queso.

De este último, la Argentina consume muy poco todavía. Casi toda su producción se compone de quesos de pasta dura o firme, y a esto puede atribuirse, en parte, aquel consumo reducido. Si fueran substituídos por tipos blandos, afinados —Brie, Camembert, Coulmiers, Bondons— el consumo sería mucho mayor.

Para satisfacer la curiosidad de saber cuál era la cantidad proporcional invertida en productos lácteos, para cada 100 francos gastados en alimentos, realicé una encuesta entre un pequeño número de familias. En mi casa, por ejemplo, que consta de cuatro personas, la proporción arrojó la cifra de 40 %; en otros hogares, y de un conjunto de 100 respuestas, la mínima resultó de 27 % y el término medio, de 30 %. En la Argentina, no se alcanza por supuesto este promedio. Se consume tan poco queso, como manteca y leche. Pero el consumo de estos productos irá aumentando progresivamente. Es una evolución forzosa que se ha comprobado en todas partes.

Para elaborar buenos productos lácteos, es preciso disponer de leche buena en su origen. Toda la cuestión lechera en sus diversos aspectos: provisión de las ciudades, alimentación de niños, leches concentradas y en polvo, leches modificadas, manteca, queso; todo, está dominado por el factor microbio, o fermentos. Es pues necesario, señores Agrónomos y Veterinarios, convertirse en agentes de la policía sanitaria de las mamás y luchar sin tregua para conseguir leche limpia.

Respecto a este punto, eran desesperantes las primeras reflexiones que me hicieron los estancieros al llegar yo a este país. Bien conocen ellos que esto constituye la parte débil de la explotación. Saben que la leche no es bien ordeñada, que el transvase se efectúa en tarros poco higienizados y saben también que la leche, por ser un excelente medio de cultivo para los microorganismos, llega después del viaje, al sitio en que será trabajada, con una enorme flora microbiana.

En la vida, señores, cada vez que se quiere alcanzar un progreso, es siempre contra los hombres que ha de lucharse. Existen los que poseen un poco de inteligencia, pero, que viven aferrados a la ru-

tina, obstinados en no aceptar ningún progreso; pero con perseverancia, sin herirlos ni violentarlos, atrayéndolos por la razón y el interés, unidos a la buena palabra, al verbo, puede conseguirse el propósito más difícil. Es necesario disciplinarse con ese objeto, frente a los estancieros y tamberos; no es fácil alcanzarlo, pero debe hacerse, pensando que sólo con muy pequeñas modificaciones, se puede conseguir una leche más higiénicamente ordeñada y recolectada, y en consecuencia, productos industriales de mucho mejor calidad.

Producir leche, supone una disciplina y organización, más difícil y complicada que producir carne. Para la producción de esta última, es posible contentarse con el cultivo extensivo. En cambio, para la lechera, hace falta el intensivo. La norma sería: tener menos animales, pero mejores. Señores agrónomos, convertíos en agentes del contralor lechero. Con él y gracias a él, se podrá llegar, después de un pequeño número de generaciones de vacas, con poco esfuerzo, pero con mucha atención, a tener una raza lechera mejorada, y a recoger la misma cantidad de leche con menor número de animales.

Antes de terminar, y para agradecer la excelente acogida que se me ha dispensado siempre en todas partes, y hoy en La Plata, permitid a un viejo profesor, que desde hace 27 años encamina y guía a la juventud, inculcándoles pocas pero sanas ideas, permitid, jóvenes, que os recuerde que pertenecéis a la « élite », que formáis parte de lo escogido y selecto de la sociedad, y que, por tanto, teneis obligación de trabajar mucho. Ciertamente es que el país trabaja por vosotros. Podríais dejarlo hacer; pero haríais mal, porque el país sólo puede engrandecerse gracias a su « élite ». Trabajad mucho y siempre. Es en el trabajo donde se encuentran las mayores satisfacciones: se olvidan los disgustos, los choques de la vida, y gracias a él, el hombre se rehace continuamente.